

hallaron presentes, y atajado de un esceso de rigor, dijo: «señora, en cuanto tener vuestra merced queja de mí, ya sea con razón ó sin ella, y acusar mi mal proceder, pase; porque cada uno siente como ama, y conozco que todo aquesto nace de la mucha merced que la vuestra me hace; mas en lo forzoso, justo y necesario, habré de satisfacer á los presentes por mi honra, que si Dios fué servido de traerme al puesto que tengo, no ha sido por sobornos ni por favores, antes por mis trabajos y continuos estudios en las letras.» Ella entonces, no dejándole pasar adelante, antes con ira le replicó luego: «¿pues cómo, traidor, y teniades vos entendimiento para conseguir las en tal extremo, ni para remendaros un zapato viejo, si yo no hubiera puesto el caudal con daros licencia que me amírares?» Conforme á esto, averiguado queda lo que importe amar, y no ser tan gran delito cuanto lo crimanan: digo, cuando los fines no son deshonestos.

Mas en mi amo jugábase á mala parte, habian escudido y traspasado la raya, de que me cargaban á mí lo malo dellos, achacándome, que después que yo lo servía tenía legrado el casco y le sonaban dentro cascabeles, lo cual no se le habia sentido hasta entonces. Bien pudo ello ser así, que con mi calor brotase pimpollos; mas para decir verdad (pues aquí no se conocen partes y la peor es para mí), cierto que me lo levantaron; porque ya cuando le comencé á servir y puso su cura en mis manos, desahuciado estaba de los médicos. No quiero negar mi mucha ocasion, porque con el favor que tenía, tenía también libertades y gracias perjudiciales. Yo era familiar en toda Roma, entraba en cada casa como en la propia, tomando por achaque para mis pretensiones dar liciones, á unas de tañer y á otras de danzar. Entretenia en buena conversacion á las doncellas con chistes y á las viudas con murmuraciones, y ganando amistades con los casados, ganaba las bocas á sus mujeres, á quien ellos me llevaban para darles gusto, y que deste principio lo tuviese mi amo para declararse mas; porque haciéndole yo relacion de lo que pasaba en todas partes, era cosa natural soplar con el aire de mis palabras el fuego de su corazon, quitando las cenizas de sobre las ascuas que dentro estaban encendidas y vivas. Habia buena disposicion, y era menester poca ocasion; era la casa pajiza, bastaba poca lumbre para levantarse mucho incendio, aficionándose de quien mejor le pareciese, sin guardar el recato que antes. Yo me confieso por el instrumento de sus escesos, y que por mi respeto, de verme pasear, entrar y salir, estaban ya muchas casas y calidades manchadas con infamia.

Mas dejemos aquí á mi amo, como á hombre á quien aunque aquesto le causaba nota, no era tan de culpar, como á los que á mí me conocian. Quisiera yo preguntar: ¿qué honra ó qué provecho era el que conmigo interesaban? ¿La señora viuda, ¿para qué quiere donaires, ó para qué los padres llevan á sus hijas tales pasantes, ni los maridos á sus mujeres entretenimientos tan peligrosos? ¿Qué otra cosa se puede sacar de los pajecitos pulidetes, cual yo era, que no pisaba el suelo, ni de los graciosos de los príncipes, ó enanos de los poderosos? de qué valen, sino de que les digan y oigan ellas de buena gana la de sus amos: lo bien que comen, lo mucho que gastan, los ámbares que compran, las galas con que regalan y las músicas que dieron? ¿Para qué dan oídos á cosas, con que otros después abran sus bocas y sacudan sus lenguas? ¿No ven que labran la cárcel y tejen la tela con que las amortajan? ¿De qué aprovecha gustar de cuentos, que no es otra cosa sino dar lugar para que los lleven á sus amos, y los den que contar á sus vecinos? Pues ténganse su pago; si son amigos de gracias, no se maravillen de las desgracias.

¶ Quieren llevar á sus casas músicas, pues á fe que les han de cantar coplas: *la viuda honrada, su puerta cerrada, su hija recogida y nunca consentida, poco visitada y*

*siempre ocupada, que del ocio nació el negocio; y es muy conforme á razon, que la madre holgazana saca hija cortesana; y si se picare, que la hija se repique, y sea cuando casada mala casera, por lo mal que fué dotrinada. Miren los padres las obligaciones que tienen, quiten las ocasiones, consideren de sí lo que murmuran de los otros, y vean cuánto mejor sería que sus mujeres, hermanas y hijas aprendiesen muchos puntos de aguja, y no muchos tonos de guitarra: *bien gobernar y no mucho bailar*, que de no saber las mujeres andar por los rincones de sus casas, nace ir á hacer mudanzas á las ajenas. ¿Por ventura digo verdad? Ya sé que direis que sí, empero que tales verdades como aquellas no se han de tratar ni decir donde no hay necesidad. Así lo confieso y apruebo de mi parte; mas ya que ninguno de los que aquí están y me oyen les toca lo dicho, bien está dicho, para que lo aconsejen á otros, que en esto vieren descaminados, y cuando sea necesario.¶*

¶ Malo es lo malo; que nunca pudo ser bueno ser yo alcabete de mi amo, y esto por la orden y traza que arriba he dicho; tomando ocasion de cuando era familiar en Roma entrar en cada casa como en la propia, valiéndome por achaque para mis pretensiones dar las liciones de tañer y de danzar, entretener á las doncellas con chistes, y á las viudas con murmuraciones, y tomando amistad con los casados. Mas tuve disculpa, con que me descubrió la necesidad aquel camino por donde saliese á buscar mi vida; pero ¿qué descargo darán, ni cómo se podrán disculpar los que así enajenan y no estiman las prendas de mayor estimacion que tienen, y el ser esto lo que mas deben estimar y poner sobre sus ojos? Si yo lo hacia, era por asentar con mi amo la aficion y privanza que en ambas partes habia, y no con fin ni pensamiento de alborotar su flaqueza, y lo condeno. Mas quien de mí se fiaba en semejantes casos y tanto me confiaba, ¿qué aguardaba ó qué esperaba de mí? Paréceles á muchos que acreditan su estimacion, que se adquiere nobleza y se granjea reputacion con semejantes visitas, entradas y salidas, siendo muy al contrario; y á las mujeres que tratando con pajes, con poetas, estudianticos de alcorza, de bonete abollado, y mocitos de barrio y otros á este modo, que serán tenidas por discretas, y pierden el nombre de castas cual debian ser, quedándose después para necias.¶

Desto y esotro, lo que vine á sacar medrado en resolucion, fué graduarme de alcabete; porque, sin mentir, pudieran ponerme borla por lo que á muchos otros, y con mucho menos, los veia poner borra. Veis cómo aun las desdichas vienen por herencia. Ya se decia, sin ningun género de rebozo ni máscara, que yo traia sin sosiego y quietud á mi amo, y él á mí traia hecho un Adonis en el traje pulido, galán y oloroso, por mi buena solicitud y diligencia en cosas semejantes. ¿Qué cierta y segura es la murmuracion en cosas tocantes á esto, y si en lo bueno muerde, qué maravilla es que en lo malo despedace, y que haya sospechas donde no faltan hechas? Grandisima simplicidad y ignorancia fuera la mia y de tales como yo, cuando pidiéramos otro mejor nombre, ni queramos tapiar á piedra lodo, de tal suerte (como dicen) las imaginaciones, dando las evidentes ocasiones á ello.

No se puede poner coto á los que juzgan, porque es querer poner puertas al campo, limitar los pensamientos, contar las arenas del mar. No aprovecha querer yo que no quieran, porfiar que no piensen, ó negar lo que todos afirman; todo es trabajo sin provecho, como querer atar y poner puertas al humo. ¿Mas qué diré agora de nuestros amos tontos, pues les debe de parecer, que por nuestra mano corre bien y con secreto su negocio. Real y verdaderamente conozco, que no hay ciencia que corrija un enamorado, no hay en amores Bártulos, ni Aristóteles ni Galenos: faltan consejos, falta el saber, y no hay medicina, pues no hay camino para mayor publicidad que nues-

tra solicitud; porque á dos visitas nuestras y un paso suyo, lo cantan luego los muchachos por las calles. La pena que yo tenía, era verme apuntar el bozo y barbas, y que sin rebozo me daban con ello en ellas; y como á los pajes graciosos y de privanza toca el ser ministros de Venus y Cupido, cuanto cuidado ponía en componerme, pulirme y aderezarme, tanto mayor lo causaba en todos para juzgarme, y viéndome así murmurarme. Yo procuraba ser limpio en los vestidos, y se me daba poco por tener manchadas las costumbres, y así me ponian de lodo con sus lenguas. Ultimamente, por activa ó por pasiva, ya me decian el nombre de las pascuas; y aunque les decia que como bellacos mentian, reianse y callaban, dando á la verdad su lugar; ultrajábanme con veras, y recibian mis agravios á burlas; mis palabras eran pajas, y las dellos garrochas.

Hombres hay considerados, que toman los dichos no como son, sino de quien los dice, y es gran cordura de muy cuerdos. Al contrario de algunos (no sé si diga necios), que de un favor de su dama forman injuria; y como si lo fuese ó lo pudiera ser, toman venganza, representando agravio, y haciéndosele á ella en su honra, sin razon la disfaman. Yo no podia resistir á tantos, ni acuchillarme con todos; via que tenían razon, pasaba por ello; y aunque es acto de fina humildad sufrir pacientemente los oprobrios, en mi era de cobardia y abatimiento de ánimo, que si á todo callaba, era porque mas no podia; y así lo sufría con paciencia. Como en casa no habia centella de vergüenza, no reparaba en lo menos; perdido ya lo mas, con risitas y sonsonetes me importaba llevarlo. En resolucion, aunque debiera tener por mas compatible cualquier escetivo daño, que torpe provecho, tenia como melon la cama hecha, estaba dañado, y sin tratar de la enmienda, la tomaba como por honra, dando ripio á lo malo cuando algo me decian, por no mostrarme corrido ni obligado que fuera dar lugar á que mas me apretasen y menos me aprovechase. Ya con esto, en alguna manera, no me perseguian tanto; mas ¿para qué habia de hacer otra cosa cuando me importara, si aunque quisiera intentarlo, no saliera con ellos, y fuera encender el fuego, pensando apagarlo con estopas y resina? Haga conchas de galápago y lomos de paciencia; cierre los oídos y la boca quien abriere la tienda de los vicios; y ninguno crea, que teniendo costumbres feas, tendrá fama hermosa, pues *el nombre sigue al hombre*, y tal será estimado cual su trato diere lugar para ello.

CAPITULO III.

Guzmán de Alfarache cuenta lo que le aconteció con un capitán y un letrado, en un banquete que hizo el embajador

¶ Son tan parecidos el engaño y la mentira, que no sé quien sepa ó pueda diferenciarlos; porque aunque diferentes en el nombre, son de una entidad, conformes en el hecho; supuesto que no hay mentira sin engaño, ni engaño sin mentira. Quien quiere mentir, engaña; y el que quiere engañar, miente. Mas como ya están recibidos en diferentes propósitos, irá con el uso, y digo conforme á él, que tal es el engaño, respeto de la verdad, como lo cierto en orden á la mentira, ó como la sombra del espejo y lo natural que la representa. Está tan dispuesto y es tan fácil para efetuar qualquier grave daño, cuanto es difícil de ser á los principios conocido; por ser tan semejante al bien, que representando su misma figura, movimientos y talle, destruye con grande facilidad. Es una red sutilísima, en cuya comparacion fué hecha de maromas la que fingen los poetas que fabricó Vulcano contra el adúltero. Es tan imperceptible y delgada, que no hay tan clara vista, juicio tan sutil, ni discrecion tan limada, que pueda descubrirla, y tan artificiosa, que tendida en lo mas llano, menos podemos escaparnos della, por la seguridad con que vamos. Y con aquesto es tan fuerte, que pocos ó

ninguno la rompe, sin dejarse dentro alguna prenda; por lo cual se llama (con justa razon) el mayor daño de la vida; pues debajo de lengua de cera trae corazon de diamante, viste cilicio sin que le toque, chúpase los carrillos, y revienta de gordo; y teniendo salud para vender, habla doliente por parecer enfermo. Hace rostro compasivo, da lágrimas, ofréceos el pecho, los brazos abiertos para despedazarnos en ellos. Y como las aves dan el imperio al águila, los animales al leon, los peces á la ballena, y las serpientes al basilisco, así entre los daños, es el mayor dellos el engaño, y mas poderoso. Como áspide mata con un sabroso sueño. Es voz de Sirena que prende agradando al oido. Con seguridad ofrece paces, con halago amistades, y faltando á sus divinas leyes las quebranta, dejándolas agraviadas con menosprecio. Promete alegres contentos y ciertas esperanzas, que nunca cumple ni llegan; porque las va cambiando de feria en feria. Y como se fabrica la casa de muchas piedras, así un engaño de otros muchos, todos á solo aquel fin. Es verdugo del bien; porque con aparente santidad asegura, y ninguno se guarda del ni le teme. Viene cubierto en figura de romero, para ejecutar su mal deseo. Es tan general esta contagiosa enfermedad, que no solamente los hombres la padecen, mas las aves y animales. También los peces tratan allá de sus engaños para conservarse mejor cada uno.¶

¶ Engañan los árboles y plantas, prometiéndonos alegre flor y fruto, que al tiempo falta, y lo pasan con lozania. Las piedras, aun siendo piedras y sin sentido, turban el nuestro con su fingido resplandor, y mienten; que no son lo que parecen: el tiempo, las ocasiones, los sentidos nos engañan, y sobre todo aun los mas bien trazados pensamientos. Toda cosa engaña, y todos engañamos en una de cuatro maneras. La una dellas es, cuando quien trata el engaño, sale con él, dejando engañado al otro, como le aconteció á cierto estudiante de Alcalá de Henares, el cual, como se llegasen las pascuas, y no tuviese con que poderlas pasar alegremente, acordóse de un vecino suyo que tenía un muy gentil corral de gallinas, y no para hacerle algun bien. Era pobre mendicante, y juntamente con esto grande avariento; criábalas con el pan que le daban de limosna, y de noche las encerraba dentro del aposento mismo en que dormía. Pues como anduviese dando trazas para hurtárselas, y ninguna fuese buena, porque de dia era imposible, y de noche asistia y las guardaba, vinole á la memoria fingir un pliego de cartas, y púsole de porte dos ducados, dirigiéndolo á Madrid á cierto caballero principal muy conocido, y antes que amanebiese, con mucho secreto se lo puso al umbral de la puerta, para que luego en abriéndola lo hallase. Levantóse por la mañana, y como lo vió, sin saber qué fuese, lo alzó del suelo; pasó el estudiante por allí, como acaso, y viéndolo el pobre, le rogó que leyese qué papeles eran aquellos; el estudiante le dijo: «cuales me hallara yo agora otros; estas cartas van á Madrid con dos ducados de porte á un caballero rico que allí reside, y no será llegado cuando estén pagados.» Al pobre le creció el ojo, parecióle que un dia de camino era poco trabajo, en especial, que á mediodia lo habria andado, y á la noche se volveria en un carro; dió de comer á sus aves, dejolas encerradas y proveidas, y fuése á llevar su pliego. El estudiante á la noche saltó por unos trascorales, y desquiciando el aposentillo, no le tocó en alguna otra cosa que las gallinas, no dejándole mas de solo el gallo, con un capuz y caperuza de bayeta bien cosido, de manera que no se le cayese; y así se fué á su casa. Cuando el pobre vino á la suya de madrugada, y vió su mal recaudo, y que habia trabajado en balde, porque tal caballero no habia en Madrid, lloraban él y el gallo su soledad y viudez amargamente.¶

¶ Otros engaños hay en que, junto con el engañado, lo queda también el engañador. Así le aconteció á este mis-

mo estudiante y en este mismo caso: porque como para efectuarlo no pudiese solo él, siéndole necesario compañía, juntóse con otro camarada suyo, dándole cuenta y parte del hurto. Este lo descubrió á un su amigo, de manera que pasó la palabra, hasta venirlo á saber unos bellacóns andaluces. Y como esotros fuesen castellanos viejos, y por el mismo caso sus contrarios, acordaron de desbaliarlos con otra graciosa burla. Sabían la casa donde fueron, y calles por donde habían de venir. Fingiéronse justicia, y aguardaron hasta que volvisen á la traspuesta de una calle, de donde, luego que los divisaron, salieron en forma de ronda, con sus lanternas, espadas y rodela: adelantóse uno á preguntar qué gente; pensaron ellos que aquel era corchete, y por no ser conocidos y presos, con aquel mal indicio, soltaron las gallinas, y dieron á huir como unos potros. De manera, que no faltó quien también á ellos los engañase. ¶

¶ La tercera manera de engaño es, cuando son sin perjuicio, que ni engañan á otro con ellos, ni lo quedan los que quieren ó tratan de engañar; lo cual es en dos maneras, ó con obras ó palabras: palabras, contando cuentos, refiriendo novelas, fábulas y otras cosas de entretenimiento. Y obras, como son las del juego de manos, y otros primores ó tropelias que se hacen, y son sin algun daño ni perjuicio. ¶

¶ La cuarta manera es, cuando el que piensa engañar queda engañado, trocándose la suerte. Acontecióle aquesto á un gran príncipe de Italia, aunque también se dice de César, el cual, por favorecer á un famosísimo poeta de su tiempo, lo llevó á su casa, donde le hizo á los principios muchas lisonjas y caricias acompañadas de mercedes, cuando dió lugar aquel gusto; mas fuéle pasando poco á poco hasta quedar el pobre poeta con solo su aposento y limitada ración. De manera, que padecía mucha desnudez y trabajo, tanto que ya no salía de casa por no tener con que cubrirse. Y considerándose allí enjaulado, que aun como á papagayo no trataban de oírle, acordó de recordar al príncipe dormido en su favor, tomando traza para ello, y en sabiendo que salía de casa esperábase á la vuelta, y saliéndole al encuentro con alguna obra que le tenía compuesta se la ponía en las manos, creyendo con aquello refrescarle la memoria. Tanto continuó en hacer esta diligencia, que, como ya cansado el príncipe de tanta importunacion, lo quiso burlar; y habiendo él mismo compuesto un soneto, y viniendo de pasearse una tarde, cuando vió que le salía el poeta al encuentro, sin darle lugar á que le pudiese dar la obra que le había compuesto, sacó del pecho el soneto, y púsosele en las manos al poeta, el cual, entendiendo la treta como discreto, fingiendo haberlo ya leído, celebrándolo mucho, echó mano á su faltriquera, y sacó della un solo real de á ocho que tenía, y dióselo al príncipe, diciendo: «digno es de premio un buen ingenio; cuanto tengo doy, que si mas tuviera mejor lo pagara.» Con esto quedó atajado el príncipe, hallándose preso en su mismo lazo con la misma burla que pensó hacer, y trató de allí adelante de favorecer al hombre, como solía primero. ¶

¶ Hay otros muchos géneros destes engaños, y en especial es uno y dañisimo el de aquellos que quieren que como por fe creamos lo que contra los ojos vemos. El mal nacido y por tal conocido, quiere con hinchazon y soberbia ganar nombre de poderoso, porque bien mal tiene cuatro maravedis, dando con su mal proceder causa que hagan burla dellos, diciendo quién son, qué principio tuvo su linaje, de dónde comenzó su caballería, cuánto le costó la nobleza y el oficio en que trataron sus padres, y quiénes fueron sus madres. Piensan estos engañar, y engañanse; porque con humildad, afabilidad y buen trato, fueran echando tierra hasta henchir con el tiempo los hoyos y quedar parejos con los buenos. Otros engañan con fieros para hacerse valientes, como si no supiésemos que solo aquellos

lo son que callan. Otros con el mucho hablar y mucha librería quieren ser estimados por sabios, y no consideran cuánta mayor la tienen los libreros, y no por eso lo son; que ni la loba larga, ni el sombrero de falda, ni la mula con tocas engualdrapadas será poderosa para que á cuatro lanes no descubra la hilaza. Otros hay necios de solar conocido, que como tales ó que caducan de viejos, inhábiles ya para todo género de uso y ejercicio, notorios en edad y flaqueza, quieren desmentir las espías contra toda verdad y razon, tinéndose las barbas, cual si alguno ignorase que no las hay tornasoladas, que á cada viso hacen su color diferente y ninguna perfeta, como los cuellos de las palomas, y en cada pelo se hallan tres diferencias, blanca al nacimiento, flavo en el medio y negro á la punta, como pluma de papagayo; y en mujeres, cuando lo tal acontece, ningun cabello hay que no tenga su color diferente. ¶

¶ Puedo afirmar de una señora que se teñía las canas, á la cual estuve con atencion mirando y se las vi verdes, azules, amarillas, coloradas y de varias colores, y en algunas todas; de manera que por engañar al tiempo descubria su locura, siendo risa de cuantos la veían. Que usen esto algunos mozos, á quien por herencia (como fruta temprana de la vera de Plasencia) le nacieron cuatro pelos blancos, no es maravilla, y aun estos dan ocasion que se diga libremente dellos aquello de que van huyendo, perdiendo el crédito en edad y seso. Desventurada vejez, templo sagrado, paradero de los carros de la vida; ¿cómo eres tan aborrecida en ella, siendo el puerto de todos mas deseado? ¿Cómo los que de lejos te respetan, en llegando á ti te profanan? ¿Cómo, si eres vaso de prudencia, eres vituperada como loca? Y si eres la misma honra, respeto y reverencia, ¿estás de tus mayores amigos tenida por infame? Y si archivo de la ciencia, ¿por qué te desprecian? O en tí debe de haber mucho mal, ó la maldad está en ellos; y esto es lo cierto: Llegan á tí sin lastre de consejo, y da vaivenes la gaba, porque al seso le falta el peso. Al propósito te quiero contar un cuento largo de consideracion, aunque de discurso breve, fingido para este propósito. ¶

¶ Cuando Júpiter crió la fábrica deste universo, parecióle toda en todo tan admirable y hermosa, primero que criase al hombre crió los mas animales, entre los cuales quiso el asno señalarse (que si así no lo hiciera no lo fuera): luego que abrió los ojos y vió esta belleza del orbe, se alegró. Comenzó á dar saltos de una en otra parte con la rociada que suelen, que fué la primera salva que se le hizo al mundo inmundo, hasta que ya cansado, queriendo reposar, algo mas manso de lo que poco antes anduvo, le pasó por la imaginacion cómo, de dónde ó cuándo era él asno, pues ni tuvo principio dél, ni padres que lo fuesen. ¿Por qué ó para qué fué criado? ¿Cuál había de ser su paradero? Cosa muy propia de asnos, venirles la consideracion á mas no poder á lo último de todo, cuando es pasada la fiesta, los gustos y contenidos; y aun quiera Dios que llegue como ha de venir, con enmienda y perseverancia; que *temprano se recoge quien tarde se convierte*. Con este cuidado se fué á Júpiter, y le suplicó se sirviese de revelar-le, ¿quién ó para qué lo había criado? Júpiter le dijo, que para servicio del hombre, refiriéndole por menor todas las cosas y ministerios de su cargo. Y fué tan pesado para él, que de solamente oírlo le hizo mataduras y arrojamiento en el suelo de hinojos; y con el temor del trabajo venidero (aunque siempre los males no padecidos asombran mas con el ruido que hacen oídos, que después de ejecutados) quedó en aquel punto tan melancólico, cual de ordinario lo vemos, pareciéndole vida tristísima la que se le aparejaba; y preguntando cuánto tiempo había de durar en ella, le fué respondido que treinta años. El asno se volvió de nuevo á congojar, pareciéndole que sería eterna, si tanto tiempo la esperase, que aun á los asnos cansan los trabajos; y con humilde ruego le suplicó que se doliese dél, no permitiendo darle tanta vida, y

pues no había desmerecido con alguna culpa, no le quisiese cargar de tanta pena, que bastaría vivir diez años, los cuales prometía servir como asno de bien, con toda fidelidad y mansedumbre, y que los veinte restantes los diese á quien mejor pudiese sufrirlos. Júpiter, movido de su ruego, concedió su demanda, con lo cual quedó el asno menos mal contento. ¶

¶ El perro, que todo lo huele, había estado atento á lo que pasó con Júpiter y el asno, y quiso también saber de su buena ó mala suerte; y aunque anduvo en esto muy perro, queriendo saber lo que no era lícito, secretos de los dioses, y para solos ellos reservados, cuales eran las cosas por venir, en cierta manera pudo tener escusa su yerro, pues lo preguntó á Júpiter; y no hizo lo que algunas de las que me oyen, que sin Dios y con el diablo buscan hechicerías y jitanas que les echen suertes y digan su buena-ventura; ¿ved cuál se la dirá quien para sí la tiene mala! Dícenlas mil mentiras y embelecos; hurtantes por bien ó por mal aquello que pueden, y déjanlas para necias burladas y engañadas. En resolucion, fuése á Júpiter y suplicóle, que pues con su compañero el asno había procedido tan misericordioso, dándole satisfacion á sus preguntas, le hiciese á él otra semejante merced. Fuéle respondido que su ocupacion seria en ir y venir á caza, matar la liebre y el conejo, y no tocar en él, antes ponerlo con toda fidelidad en manos del amo; y, después de cansado y despeado de correr y trabajar, habían de tenerlo atado á estaca, guardando la casa, donde comería tarde, frio y poco, á fuerza de dientes, royendo un hueso roído y desechado, y juntamente con esto le darían muchas veces muchos puntillones y palos. Volvió á replicar, preguntando el tiempo que había de padecer tanto trabajo. Fuéle respondido que treinta años. Mal contento el perro, le pareció negocio intolerable; mas confiado de la merced que al asno se le había hecho, representando la consecuencia, suplicó á Júpiter que tuviese dél misericordia y no permitiese hacerle agravio, pues no menos que el asno era hechura suya y el mas leal de los animales; que lo emparejase con él, dándole solos diez años de vida. Júpiter se lo concedió; y el perro, reconociendo desta merced, bajó el hocico por tierra en agradecimiento della, resinando en sus manos los otros veinte años de que le hacia dejacion. ¶

¶ Cuando pasaban estas cosas no dormía la mona, que con atencion estaba en acecho, deseando ver el paradero dellas; y como su oficio sea contrahacer lo que otros hacen, quiso imitar á sus compañeros, demás que la llevaba el deseo de saber de sí, pareciéndole que quien tan clemente se había mostrado con el asno y el perro, no sería para con ella riguroso. Fuése á Júpiter, y suplicóle se sirviese de darle alguna luz de lo que había de pasar en el discurso de su vida, y para qué había sido criada, pues era cosa sin duda no haberla hecho en balde. Júpiter le respondió que solamente se contentase saber por entonces que andaría en cadenas arrastrando una maza, de quien se acompañaría como de un fiador, si ya no la ponían asida de alguna baranda ó reja, donde padecería el verano calor y el invierno frio, con sed y hambre, comiendo con sobresaltos; porque á cada bocado daría cien tenazadas con los dientes y le darían otros tantos azotes, para que con ellos provocase á risa y gusto. Este se le hizo á ella muy amargo, y si pudiera lo mostrara entonces con muchas lágrimas; pero llevándolo en paciencia, quiso también saber cuánto tiempo había de padecerlo. Respondiéronle lo que á los otros, que viviria treinta años. Congojada con esta respuesta, y consolada con la esperanza en el elemento Júpiter, le suplicó lo que los demás animales, y aun se le hicieron muchos. Otorgósele la merced, segun que lo había pedido, y dándole gracias, le besó la mano por ello, y fué con sus compañeros. ¶

¶ Ultimamente crió después al hombre, criatura per-

feta, mas que todas las de la tierra, con ánima inmortal y discursiva. Dióle poder sobre todo lo criado en el suelo, haciéndolo señor usufructuario dello. El quedó muy alegre de verse criatura tan hermosa, tan misteriosamente organizado, de tan gallarda compostura, tan capaz, tan poderoso señor, que le pareció que una tan excelente fábrica era digna de inmortalidad; y así suplicó á Júpiter le dijese, no lo que había de hacer dél, sino cuánto había de vivir. Júpiter le respondió, que cuando determinó la creacion de todos los animales y suya, propuso darles á cada uno treinta años de vida. Maravillóse desto el hombre, que para tiempo tan corto se hubiese hecho una obra tan maravillosa, pues en abrir y cerrar los ojos pasaría como una flor su vida. Y apenas habría sacado los pies del vientre de su madre, cuando entraría de cabeza en el de la tierra, dando con todo su cuerpo en el sepulcro, sin gozar su edad, ni del agradable sitio donde fué criado. Y considerando lo que con Júpiter pasaron los tres animales, fuése á él, y con rostro humilde le hizo este razonamiento: «supremo Júpiter, si ya no es que mi demanda te sea molesta, y contra las ordenaciones tuyas (que tal no es intento mio, mas cuando tu divina voluntad sea servida, confirmando la mia con ella en todo), te suplico, que pues estos animales brutos, indignos de tus mercedes, repudiaron la vida que les diste, de cuyos bienes les faltó noticia con el conocimiento de razon que no tuvieron, pues largaron cada uno dellos veinte años de los que les habías concedido, te suplico me los des, para que yo los viva por ellos, y tú seas en este tiempo mejor servido de mí.» Júpiter oyó la petición del hombre, concediéndole que, como tal, viviese sus treinta años, los cuales pasados, comenzase á vivir por su órden los heredados. Primeramente veinte del asno, sirviendo su oficio, padeciendo trabajos, acarreado, juntando, trayendo á casa, y llegando para sustentarla lo necesario á ella. De cincuenta hasta setenta viviese los del perro, ladrando, gruñendo, con mala condicion y peor gusto. Y últimamente de setenta á noventa usase de los de la mona, contrahaciendo los defectos de su naturaleza. Y así vemos en los que llegan á esta edad, que suelen, aunque tan viejos, querer parecer mozos, pulirse, aderezarse, pasear, enamorar y hacer valentías, representando lo que no son, como lo hace la mona, que todo es querer imitar las obras del hombre, y nunca lo puede ser. ¶

¶ Terrible cosa es y mal se sufre, que los hombres quieran, á pesar del tiempo y de su desengaño, dar á entender al contrario de la verdad; y que con tintas, emplastos y escabeches nos desmientan y hagan trampantojos, desacreditándose á si mismos; como si con esto comiesen mas, durmiesen mas ó mejor, viviesen mas ó con menos enfermedades, ó como si por aquel camino les volvisen á nacer los dientes y muelas, que ya perdieron, ó no se les cayesen las que les quedan; ó como si reformasen sus flaquezas, cobrando calor natural, vivificándose de nuevo la vieja y helada sangre, ó como se sintiesen mas poderosos en dar y tener mano. Finalmente, como si supiesen que no se supiese ni se murmurase, que ya no se dice otra cosa sino de cuál es mejor leña la que hace Fulano ó la de Zutano. No sin propósito he traído lo dicho, pues viene á concluirse con dos caballeros cofrades desta bobada, por quien he referido lo pasado. ¶

El embajador mi señor (como has oído) daba plato de ordinario; era rico, y holgaba hacerlo. Y como no siempre todos los convidados acontecian á ser de gusto, acertó un dia que hacia banquete al embajador de España y á otros caballeros, llegarle dos de mesa; eran personas principales, uno capitán y el otro letrado; pero para él enfadosísimos y cansados ambos, y de quien antes había murmurado conmigo á solas; porque tanto cuanto gustaba de hombres de ingenio, verdaderos y de buen pro-

ceder, aborrecía por el contrario todo género de mentiras, aun en burlas. No podía ver hipócritas ni aduladores; quería que todo trato fuera liso, sencillo y sin doblez, pareciéndole que allí estaba la verdadera ciencia. Y aunque había causas en estos para ser aborrecidos, tengo también por sin duda que hay en esto de amarse ó desamarse unos mas que otros algun influjo celeste, y en estos obraba con eficacia, porque todos los aborrecían. Bien quisiera mi amo escaparse dellos, mas no pudo á causa de que se le llegaron en la calle y lo vinieron acompañando. Hubo de tenerles el envite por fuerza, trayéndolos á su pesar consigo; que no hay peso que así pese, como lo que pesa una semejante pesadilla. Luego como entró por la puerta de casa, le conocí en el rostro que venía mohino. Mirélo con atención y entendiéme. Hizome señas, hablándome con los ojos, mirando aquellos dos caballeros, y no fué mas menester para dejarme bien satisfecho y enterado de todo el caso. Callé por entonces y disimulé mi pesadumbre; púseme á imaginar qué traza podría tener para que aquestos hombres, que tan disgustado tenían á mi amo, le pudieran ser en alguna manera de entretenimiento y risa, pagando el escote. Tocóme luego en la imaginación una graciosa burla, y no hice mucho en fabricarla, porque ya ellos venían perdigados, y la traían guisada. Esperé la ocasión, que ya estaba muy cerca, y guardéme para los postres, por ser mejor admitido, que para que la boca se hinche de risa, no ha de estar el vientre vacío de vianda; y nunca se quisieron bien gracias y hambre; tanto se rie cuanto se come.

Las mesas estaban puestas, vinieron sirviendo manjares, brindáronse los huéspedes, y cuando ya ví que se les calentaba la sangre á todos, y andaba la conversacion en folla tratando de varias cosas, antes de dar aguamanos ni levantar los manteles, lleguéme por un lado al capitán y díjele al oído un famoso disparate; él se rió de lo que le dije, y viéndose obligado á responderme con otro, me hizo bajar la cabeza para decírmelo al oído; y así en secreto nos pasaron ciertas idas y venidas. Y cuando me pareció tiempo á propósito levanté la voz muy sin él, diciendo con rostro sereno, cual si fuera verdad, que de lo que quería decir hubiéramos tratado, y dije: «no, no, eso no, señor capitán, si vuestra merced se lo quiere decir, muy enhorabuena, pues tiene lengua para ello y manos para defenderlo, que no son buenas burlas esas para un pobre mozo como yo, y tan servidor del señor doctor como el que mas en el mundo.» Mi amo y los mas huéspedes dijeron á una: «¿qué es eso, Guzmanillo?» Yo respondí: «no sé, por Dios; aquí el señor capitán que tiene deseo de verme de corona, me ordena los grados, y anda procurando como el señor doctor y yo nos cortemos las uñas metiéndonos en pendencia.»

El capitán se quedó helado del embeleco, y no sabiendo en lo que había de parar, se reía sin hablar palabra; mas el embajador de España me dijo: «Guzmán amigo, por mi vida, ¿qué es eso? sepamos de qué te ries y enojas en un tiempo en que algo debe tener de gusto. — Pues vuestra señoría metió su vida por prenda, dirélo, aunque muy contra mi voluntad, y protesto que no digo nada, ni lo dijera con menos fuerza, si me sacaran la lengua por el colodrillo. Sabrá vuestra señoría que me mandaba el señor capitán, que le hiciese al señor doctor una burla, picándole algo en el corte de la barba; porque dice que la trae á modo de pichel de Flandes, y que la mete las noches en prensa de dos tableros, liada como guitarra, para que á la mañana salga con esquinas como limpiadera, pareja y tableada, los pelos iguales, cortados en cuadro, muy estirada porque alargue, para que con ella y su bonete romano acrediten sus letras pocas y gordas, como de libro de coro. Cual si fuera esto parte para dadas y no se hubiesen visto caballos arjeles, hijos de otros muy castizos y muy grandes necios de falda, mayores que

las de sus lobas, y son como melones, que nos engañan por la pinta, parecen finos y son calabazas. Esto quería que yo le dijese como de mí; por eso digo que se lo diga él ó haga lo que mandare.»

Santiguábase riendo el capitán viendo mi embuste, y todos también se reían, sin saber si fuese verdad ó mentira que tal nos hubiese pasado. Mas el señor doctor con su entendimiento atestado de sopas, no sabía si enojarse ó llevarlo en burlas; empero como lo estaban los mas mirando, asomóse un poco, y haciendo la boca de corrido, dijo: «monsieur, si mi profesion diera lugar á la satisfacción que pide semejante atrevimiento, crea vuestra señoría que cumpliera con la obligación en que mis padres me dejaron. Mas como vuestra señoría está presente, y no tengo mas armas que la lengua, darásme licencia que pregunte al señor capitán, y me diga la edad que tiene; porque si es verdad lo que dice que se halló en servicio del emperador Carlos V, en la jornada de Tunez, ¿cómo no tiene pelo blanco en toda la barba ni alguno negro en la cabeza? Y si es tan mozo como parece, ¿para qué depone de cosas tan antiguas? Díganos en qué Jordán se baña, ó á qué santo se encomienda, para que le pongamos todos candelitas cuando lo hayamos menester. Aclárese con todos, tenga y tengamos, pues ha salido de un triunfo, hagamos todos bazas, que no será justo, habiendo medido prenda, que la saque franca.» Todos los convidados volvieron á refrescar la risa, en especial mi amo, por haberse tratado de dos cosas que le causaban enfado, y deseaba en ellas la reformation; y viéndose lo que había pasado, me dijo: «di agora tú, Guzmanillo, ¿qué sientes desto? Absuelve la cuestion, pues propusiste el argumento.» Yo entonces dije: «lo que puedo responder á vuestra señoría, solo es que ambos han dicho verdad, y ambos mienten por la barba.»

CAPITULO IV.

Agravado solo el doctor, que Guzmanillo le hubiese injuriado en presencia de tantos caballeros, quisiera vengarse dél. Sosiégalo el embajador de España, haciendo que otro de los convidados refiera un caso que sucedió al condestable de Castilla don Alvaro de Luna.

Solenizaron el agudo dicho, y el encarecerlo algunos tanto, encendió al doctor de manera, que ya les pesaba de haberlo comenzado; mas el embajador de España con su mucha prudencia tomó la mano en meter el baston, haciéndolo, con su discrecion, chacota. El capitán era de buen proceder, soldado corriente, reíase de todo y santiguábase, jurando que ni tal palabra habló conmigo, ni le pasó por el pensamiento tratar de caso semejante. Y como era hombre rasgado, y estaba sordo de oír en su negocio mucho mas y peor de lo que allí el doctor dijo, y porque le pareció que tenía razon en cuanto hablaba como injuriado, pasó por todo. Mas cuando el doctor supo cierto haber sido yo solo el autor de su pesadumbre, de tal manera se volvió contra mí, que partía con los dientes las palabras, no acertando á pronunciarlas de coraje; quisiera levantarse á darme mil mojicones y cabezadas, empero no lo dejaron; y faltándole todo género de venganza, no pudiendo con otra que la sola lengua, la soltó en decirme cuantas palabras feas á ella le vinieron, de que hice poco caso, antes le ayudaba, diciéndole que me dijese. Desto se enojaba mas, ver que de todo me burlaba, que fué causa que la soltase demasadamente; porque como comunión iba tocando á participantes, y casi, y aun sin casi, si mi amo no lo atajara (viendo la polvareda que suele un colérico necio levantar á veces, con que deja obligados á muchos en mucho) pasara el negocio á malos términos.

¶ Apaciguólo con razones lo mejor que pudo divertirlo, y para bien hacerlo, barajando la conversacion pasada, volvió el rostro á César, aquel caballero napolitano, que había contado el caso de Dorido y Clorinia (el cual era uno de sus convidados); y dijole: «señor César, pues ya es no-

torio en Roma y á estos caballeros el caso y muerte de la hermosa Clorinia, recibamos merced en que nos diga qué se sabe del constante Dorido, que me tiene con mucho cuidado.—A su tiempo lo sabrá vuestra señoría, dijo César, que aqueste no lo es para que dél se trate, ni semejantes desgracias y lástimas caeran bien hoy, sobre lo que aquí ha pasado.—Mas pues habemos comido y la siesta viene, diré otro caso que la ocasion me ofrece, que por haber sido verdadero, creo dará mucho gusto. Agradeciéronle todos la promesa, y estándole atentos, dijo: «Residiendo en Valladolid el condestable de Castilla don Alvaro de Luna, en el tiempo de su mayor creciente, gustaba muchas veces madrugar las mañanas del verano, y salirse á pasear un poco; gozando del fresco por el campo. Y después de haber hecho algun ejercicio antes que le pudiese ofender el sol, se recogía. Una vez destas, habiéndose alargado y detenido algo mas de su ordinario, por un alegre jardin que á la orilla del rio Pisuegra estaba, recreándose de ver su varia composicion, hermosas flores, alegres arboledas y sabrosas frutas, entró el calor de manera, que temiendo la vuelta y con el gusto de tanta recreacion, determinó quedarse gozándola hasta la noche. Y en cuanto los criados prevenían de lo necesario á la comida, para entretener el tiempo, pidió á dos caballeros que le acompañaban, el uno don Luis de Castro y el otro don Rodrigo de Montalvo, que cada uno le contase un caso de amores, el de mayor peligro y cuidado que le hubiese sucedido; porque sabia bien que los dos eran entonces los galanes de mas nombre, de ilustre sangre, discretos, gallardos de talla y trato, curiosos en sus vestidos, generales y briosos en todas gracias, que pudieran con satisfacion colmar su deseo en aquella materia. Y para mas animarlos, prometió por premio una rica sortija de un diamante que traía en el dedo, á quien por el suceso mejor la mereciese. Don Luis de Castro tomó luego la mano, y dijo:

¶ «Bien podrá ser, condestable mi señor, que otros amantes para contar sus desdichas las vayan matizando con sentimientos, exageraciones y ternera de palabras, en tal manera, que por su gallardo estilo provoquen á compasion los ánimos, y de los deste género se halla mucho escrito. Mas que real y verdaderamente desnudo de toda composicion, haya sucedido en los presentes tiempos negocio semejante al mio, no es posible; por ser el mas extraño y peregrino de los que se saben. Y pues vuestra señoría es el juez, bien creo conocerá lo que tengo por él padecido. Yo amé á cierta señora deste reino, doncella, y una de las mas calificadas dél, tan hermosa, como discreta y honesta: de lo cual y de lo que mas dijere acerca desto doy por testigo presente á don Rodrigo de Montalvo, como el amigo que solo se halló presente á todo. Servíla muchos años (y lo mejor de los míos) con tanto secreto y puntualidad, que jamás de mí se conoció tal cosa, ni en alguna de su gusto hice falta. Por ella corrí sortijas y toros, jugué cañas, mantuve torneos y justas, ordené saraos y máscaras. Y para desvelar sospechas, desmintiendo las espías, que no se supiese ni hubiese rastro por donde se pudiese presumir ser por ella, siempre para lo exterior ponía los ojos en otras damas; empero real y verdaderamente bien conocía la de mi alma, ser sola ella su dueño y por quien yo lo hacía. En estas fiestas y otras ocasiones, encaminadas á este solo fin, me gasté de manera, sacando facultades para vencer dificultades y vendiendo posesiones. Y siendo conocidamente mucho lo que mis padres me dejaron, todo lo consumí, hasta quedar tan pobre, que la merced sola de vuestra señoría es la que me sustenta. Y aunque no es aquesto lo que pide menor sentimiento, verse un caballero como yo, de mi calidad y prendas, ni hacienda deshecha, tan arrinconado y pobre, que la necesidad me obligue á servir, habiendo sido servido siempre; que aunque confieso por mucha felicidad el ser criado de vuestra señoría,

no se duda cuánta sea la buena fortuna de aquellos que pasan su vida con seguridad y descuido, sin sobresaltos ni desvelos, en buscar medios con que granjear voluntades, tengo por la mayor de mis desgracias, y siento en el alma que habiéndome mi dama entretenido con falsas esperanzas y promesas vanas, que nunca daría sus favores á otro, antes por premio de mi constante amor se casaría conmigo, de que me dió su palabra, ó fueron palabras de mujer, ó fueron obras de mi corta fortuna; pues cuando me vió gastado y pobre, olvidada de todo lo pasado, dándome de mano, la dió á otro, desposándose con él. Faltó á su obligación y á su calidad, pues despreciada la mía y los bienes naturales, hizo eleccion de los de fortuna, con marido no igual suyo, porque se le aventajaba en la hacienda y aun en años, que hasta en estas desdichas hace suplir el dinero. Ya tengo dicho el discurso de mis amores, los venturosos principios y desgraciados fines que tuvieron; y aunque por no cansar á vuestra señoría me acorto en referir por menor lo que padecí estos tiempos, vuestra señoría supla con su discrecion cuánto sería, cuántos trabajos importaría padecer, y á cuántos peligros habría de ponerse quien seguía tan altos pensamientos, y tan recafo andaba en el secreto, para que nada faltara de su punto. No creo tendrá don Rodrigo ni otro algun caballero suceso de infortunio mayor que poder contar á vuestra señoría; pues amando con tanta firmeza, y sirviendo con tantas veras, fiado de palabras dulces y suaves, perdí mi tiempo, perdí mi hacienda, y sobre todo á mi dama, para venirme á dar en truco de todo la fortuna solo el premio de aquea sortija.» ¶

¶ Don Luis acabó con esto su razonamiento, y don Rodrigo de Montalvo comenzó el suyo diciendo: «también habeis perdido la sortija, pues de razon será mia;» y volviendo el rostro con las palabras al condestable, prosiguió desta manera: «por cierto, señor ilustrísimo, aunque confieso ser verdad cuanto don Luis aquí ha referido, de que soy testigo de vista, por la grande amistad que habemos tenido siempre, agora no tiene razon de pretender el diamante; porque si desapasionadamente lo considera y trocásemos los asientos, juzgaría en mi favor y contra sí. Mas pues él vive ciego, juzgarálo vuestra señoría por mi suceso, el cual tiene su principio del fin de sus amores que ha contado, que pasa en esta manera: pocos dias ha que nos andábamos él y yo paseando una tarde por la orilla deste mismo rio, tratando de algunas cosas bien ajenas de lo que nos esperaba, cuando se llegó á don Luis un criado antiguo desta misma señora dama suya, de cuya parte secretamente le dió una carta, que abierta y leída de don Luis, me la dió que la leyese; yo lo hice mas de una y dos veces, maravillado de lo que había en ella escrito; por lo cual, y por no ser pobre de memoria, me quedó toda en ella, y decia desta manera: *Señor mio: no es justo que me acuseis de ingrata, por pareceros tener alguna justa causa, que no es posible olvidarse (como lo habreis creído de mí) lo que se ama de veras; y pues reconozco mi deuda y vuestra firmeza, reconoced que ni tuve ni tengo culpa contra vos cometida; y el no responder á vuestro merecimiento con mis obras, fué por ser tan contrarias á lo que se debía en aquel estado tan peligroso de doncella. Estorbaron el matrimonio (que con vos deseaba, mas que á mi propia vida) la obediencia de hija, el mandato de padres y la instancia de mis deudos, movidos todos de vano interese y título de condesa que contra mi gusto tengo; pues me obligaron á entregar el cuerpo á quien jamás di el alma, por ser en calidades y edad tan contrario á la mia. Vuestra soy todo el tiempo que viviere, lo cual podréis conocer en el deseo que tengo de acudir á los vuestros. El conde mi marido hace una jornada, venios aquí luego y no traigais en vuestra compañía otra persona que á don Rodrigo nuestro amigo; y cuando llegueis á esta villa hallareis á la entrada*

della, en una ermita, orden para lo que habeis de hacer. ¶ Esto contenia la carta: la cual vista por don Luis que lo que venia en ella era lo mas contrario de su esperanza y natural á su deseo, no podré significar las pasiones amorosas que sintió, leyéndola por momentos; ponía con atención los ojos en ella, volvíalos al criado, esperando que á voces le dijéramos toda la certinidad en su gusto por el bien prometido, que aun dudaba dello; y tan turbado como alegre, me decia: ¿qué vemos, don Rodrigo? ¿Estoy recordado? ¿Es por ventura sueño? ¿Somos vos y yo los que leímos esta carta? ¿Es por ventura esta letra de la condesa, y aquel su escudero? ¿Fáltame acaso el juicio, y como afligido enamorado, cercano á la desesperación, finjo imaginaciones para engañar á la fantasía? Con todas estas cosas y certificarse dellas, diciéndole yo no ser ilusiones, antes muy ciertas esperanzas de cobrar bienes perdidos, lo animé á que con toda diligencia se abreviase la partida, en cumplimiento de lo que se nos mandaba. Hizose luego; y cuando llegamos á la ermita, hallamos en ella una reverenda y honrada dueña, que, por saberse ya el día y hora que habíamos de llegar, nos esperaba, la cual nos dió un recado, diciéndonos que el conde su señor habia salido fuera y vuéltose del camino por ciertas indisposiciones; mas que aguardásemos allí en cuanto fuese á palacio á decir á su señora la condesa su llegada. ¶

¶ Púese, y quedamos yo algo confuso y don Luis desesperado: yo por las dificultades que se pudieran ofrecer, y él de considerar su corta fortuna, que nunca dejaba de seguirle; así en el tiempo que se dilató la vuelta de la buena dueña, nos pasaron muchos cuentos, que no son para referir en este. Y á las once de la noche volvió á nosotros, diciendo que la siguiésemos. Ayudábanos la escuridad, y metíonos con mucho secreto en un aposento de palacio, donde salió la condesa, y nos recibió con grandísimas muestras de alegría. Ya después de habernos dado los parabienes de las deseadas vistas, que todo fué breve, me dijo la condesa: «don Rodrigo, el tiempo que tenemos para poder gozar la ocasion que se ofrece, ya con vuestra discrecion podreis juzgar cuánto sea corto. También sabeis la obligacion de amistad que tenéis á don Luis, y cuando esta faltara, por mí que lo pido, debeis concederme un ruego. Sabed, que como el conde mi marido, por indisposicion que tuvo, se volviere del camino y llegase cansado, se fué luego á echar á la cama, donde lo dejo dormido. Mas porque podría suceder, que despertando alargase alguna pierna ó brazo acia mi lugar y me hallase menos, de lo cual me resultaria notorio peligro y grandísimo escándalo en la casa, deseo que en tanto que aquí nos entretenemos hablando vuestro amigo don Luis y yo, que á lo mas largo podrá ser como un cuarto de hora, os acosteis en mi lugar, y esteis en él, para que con esto pueda estar aquí segura; y me constituyo por fiadora de vuestro peligro, que no tendreis alguno. Porque además de ser el conde viejo, nunca recuerda en toda la noche, hasta ya muy de día, sino es á gran maravilla, que suele dar un vuelco, y luego se duerme.» Sabe Dios, y considere vuestra señoría, cuánto me podría pesar que la condesa me pusiera en tan evidente peligro. Mas como los actos de cobardía son tan feos, pareciéndome que si lo rehusara no cumplía con mi honra ni obligaciones, tanto de amistad, como ruego de la condesa, dije que lo haria. Pediles encarecidamente que no se detuviesen mucho, pues conocian el riesgo en que por sus gustos me ponía. Ellos me lo prometieron, y juraron que á lo mas largo no pasaria de media hora. Púsome la condesa un tocado suyo, y desnudo y descalzo me llevó á su retrete y metió en su cama. No habia luz alguna, estaba todo á oscuras y en extraño silencio; estúveme así á un lado de la cama, lo mas apartado que pude, no un cuarto de hora ni media, sino mas de cinco, que ya era casi de día. ¶

¶ Considere cada uno y juzgue lo que pudiera sentir en lugar semejante y tanto tiempo. ¿Qué congojas por no

ser conocido! con cuánto temor de no ser sentido! Y era lo menos que sentia lo mas que me pudiera suceder, que era la muerte si recordara el conde. Porque como entré desnudo y sin armas, habia de ser á brazos la pendencia, y cuando de los suyos escapara, no pudiera de los de sus criados, pues no sabia cómo ni por dónde habia de huir. Y no fueron solas estas mis congojas, que adelante pasaron; porque don Luis y la condesa se reían y hablaban tan descompuestos y recio, que les oia desde la cama casi todo lo que decian, con que me aumentaban el temor, no despertasen al conde, y entre mí me deshacia, viendo que no les podia decir que hablasen quedo, ya que se tardaban. Reventaba con esto, y por no poderme apartar de allí un punto por esta negra honrilla. Después de todo esto, ya cuando vieron el día tan cerca, que casi era claro, se vinieron risueños y juntos acia la cama con una vela encendida, y llegándose adonde yo estaba, con mucha grita y trisca hacían grande ruido. Entonces vine á pensar si con el mucho contento se hubieran vuelto locos; ya me pesaba tanto de su desgracia, como de mi desventura, pues habia de ser la infamia y castigo general en todos, y sin que alguno escapase dél, ellos por faltos y yo por sobrado. Vime de modo que dentro de un espacio muy breve tuve mil imaginaciones, y ninguna que me pudiera ser de provecho; y estando en ellas, en medio de mi mayor conflicto, se vinieron acercando á la cama, y tirando la condesa de la cortina, que ya podíamos claramente vernos, quedé sin algun sentido; tanto, que quisiera huir y no pude; mas muy presto volví en mí; porque yo que siempre creí tener á mi lado al conde, alzando la condesa la ropa de la cama, descubrió el desengaño, y conocí no ser él, sino una señora doncella, hermana de la condesa, hermosa como la misma Venus. De lo cual y de la burla que creí haberseme hecho quedé tan atajado y corrido que no supe hablar, ni otra cosa que hacer, mas de levantarme como estaba en camisa y salir á buscar mis vestidos, de que después me avergoncé mucho mas de lo que temí antes. Veá pues vuestra señoría el peligro á que me puse, y juzgue por él deberseme dar la sortija. Riéndose mucho desto el condestable, dijo, que don Luis no debia tener queja del amor, pues, aunque tarde y con trabajos, llegó á conseguir su deseo; y así no era merecedor del premio puesto, ni tampoco don Rodrigo, pues no habia corrido algun peligro durmiendo con el conde, aunque habia sido muy donosa la burla que le habian hecho. Por lo cual juzgaba no ser alguno dellos dueño del diamante, y sacándolo del dedo, lo entregó á don Rodrigo, para que lo enviase á la doncella con quien habia dormido, pues ella sola padeció el peligro, y lo corriera su honra si fuera sentida. Con esto dió fin á su cuento, y todos muy contentos, quedaron determinando si la sentencia del condestable habia sido discreta ó justa; loáronlo todos de cortesano, y con esto, haciéndoseles á cada uno la hora para sus negocios, poco á poco se deshizo la conversacion, y se despidieron por acudir á ellos. ¶

CAPITULO V.

No sabiendo una matrona romana cómo librarse, sin detrimento de su honra, de las persuasiones de Guzmán de Alfarache, que la solicitaba para el embajador, su señor, le hizo cierta burla, que fué principio de otra desgracia que después le sucedió.

¶ Los que del rayo escriben, dicen, y la experiencia nos enseña, ser su soberbia tanta, que siempre, menospreciando lo flaco, hace sus efectos en lo mas fuerte. Rompe los duros aceros de una espada, quedando entera la vaina; desgaja y despedaza una robusta encina, sin tocar á la débil caña; prostra la levantada torre y gallardos edificios, perdonando la pobre choza de mal compuesta rama. Si toca en un animal, si asalta un hombre, como si fuese barro, le deshace los huesos y deja el vestido sano; derrite la plata, el oro, los metales y moneda, salvando

la bolsa en que va metida; y siendo así, se quebranta su fuerza en llegando á la tierra: ella solo es quien le resiste. Por lo cual, en tiempos tempestivos, los que sus efectos temen, se acostumbran meter en las cuevas ó soterraños hondos, porque dentro dellos conocen estar seguros. El impetu de la juventud es tanto, que podemos verdaderamente compararlo con el rayo, pues nunca se anima contra cosas frágiles, mansas y domésticas, antes de ordinario aspira siempre y acomete á las mayores dificultades y sinrazones. No guarda ley, ni perdona vicio; es caballo que parte de carrera, sin temer el camino ni advertir en el paradero. Siempre sigue al furor, y como bestia mal domada, no se deja ensillar de razon, y alborótase sin ella, no sufriendo ni aun la muy lijera carga. De tal manera desbarra, que ni aun con su antojo propio se sosiega. Y siendo cual decimos esta furiosa fiera, solo con la humildad se corrige, y en ella se quebranta. Esta es la tierra, contra quien su fuerza no vale, su contra-yerba y el fuerte donde se halla fiel reparo; de tal manera, que no hay esperar cosa buena en el mozo que humilde no fuere, por ser la juventud puerta y principio del pecado. Criéme consentido, no quise ser corregido; y como la prudencia es hija de la esperiencia que se adquiere por trascurso de tiempo, no fuera mucho si errara como mancebo, mas que habiéndome sucedido lo que ya de mí has oido en los amores de Malagon y Toledo, y debiendo temer como gato escaldado el agua fria, diese mas crédito á mujeres, y me quisiera dejar llevar de sus enredos. Que no conociese con tantas esperiencias y tales, que siempre nos tratan con cautela, ó nace de mucha simplicidad nuestra ó demasiada pasion del apetito; y aquesto es lo mas verdadero y cierto. Y á Dios pluguiera que aquí parara y en este puerto diera mi plus ultra, plantando las columnas de mi escarmiento, sin que (cómo verás adelante) no reincidiera mil veces en esta flaqueza; sin poderme preciar de que alguna hubiese salido con bien de la feria. Mas como el que ama siempre hace donacion á quien ama de su voluntad y sentidos, no es maravilla que como ajeno dellos haga locuras, multiplicando los disparates. ¶

El embajador mi señor amaba una señora principal, noble, llamada Fabia; era casada con un caballero romano, á la cual yo paseaba muy á menudo, y no con pequeña nota, pues ya por ello estaba indiciada sin razon; porque de su parte jamás hubo para ello algun consentimiento ni causa. Mas como todos y cada uno puede amar, protestar y darse de cabezadas contra la pared, sin que la parte contraria se lo impida, mi amo hacia lo que su pasion le dictaba, y ella lo que á su honra y de su marido convenia. Verdad es, que no estábamos tan ciegos, que dejásemos de ver por la tela de un cedazo, faltándonos de todo punto la luz: alguna llevábamos, aunque poca. El marido era viejo, mezquino y mal acondicionado: mirad qué tres enenigos contra una mujer moza, hermosa y bien traída. Con esto y con que una familiar criada suya (doncella que habia sido) era prenda mia, creí que por sus medios y mis modos, con las ocasiones dichas pudiéramos facilmente ganar el juego. Mas ¿quién sino mi desdicha lo pudiera perder, llevando tales triunfos en la mano? Salióme todo al revés; no es todo fácil quanto lo parece, *virtudes vencen señales*, y nada es parte para que la honrada mujer deje de serlo. Cuando esta supo lo que con su criada me pasaba, procuró vengarse de ambos á su salvo y mucho daño de nuestro amor y de mi persona; en especial, porque como me viese solicitar esta causa tanto, y su doncella, dama mia, por mis intereses y gusto ayudase con todo su cuidado en ella, haciendo á tiempos algunas remembranzas, no dejando pasar carta sin invite, y aun haciendo de falso muchos, con rodeos que nunca le faltaban; de tal manera, que como la honrada matrona se viese acosada en casa y ladrada en la calle de los maldicientes, no hizo alharacas, melindres ni embelecocos de los que al-

gunas acostumbran para calificar su honestidad, y con aquel seguro gozar después de su libertad. Que la mujer honrada, con medios honrados trata de sus cosas, no dando campanadas para que todos las oigan y censuren, y que cada cual sienta dellas como quisiere; porque como son los buenos menos, los mas juzgan mal, por ser malos ellos, y aquella voz ahoga, como la cizaña el trigo.

Como esta señora era romana, hizo un hecho romano: conociendo su perdicion, acudió al remedio con prudencia, fingiéndose algo apasionada, y aun casi rendida. Un día que la criada le metió cierta coleta en el negocio, se le mostró risueña, y con alegre rostro le dijo: «Nicoleta (que así se llamaba la moza), yo te prometo, que sin que hubieras gastado conmigo tantas invenciones ni palabras estudiadas, me hubieras ya rendido la voluntad, que tan saltada me tienes; porque yo se la tengo á Guzmán y á su buen término. Demás, que su amo merece que cualquiera mujer de mucha calidad y no tan ocasionada huelgue de su amistad y servicios. Mas como sabes y has visto, no sé cómo sea posible ser nuestro trato seguro de lenguas, pues aun faltando causa verdadera, y no habiéndose dado de mi parte algun consentimiento, á lo que por ventura deseo, ya se murmura por el barrio y en toda Roma, lo que aun en mi casa y contigo, que sola pudieras venir á ser el instrumento de nuestros gustos, no he comunicado. Y pues ya está en términos que la voz popular corre con tanta libertad, y yo no la tengo para resistirme mas del amor de aquese caballero, lo que te ruego es, que lo dispongas y trates con el secreto mayor que sea posible. Dile á Guzmán que acuda por acá estas noches, para que una dellas le des entrada y se vea conmigo, si se ofreciere oportunidad para tratar algo de lo que deseamos.» Nicoleta se arrojó por el suelo de rodillas, no sabiendo qué besar primero, si los piés ó las manos, y con la cara encendida en fuego de alegría no cesaba de rendirle gracias, calificando el caso, y afeando las faltas de su viejo dueño. Traiale á la memoria pasadas pesadumbres, mala condicion y sequedades que con ella usaba, para con ello mejor animarla en la resolucion que simplemente creyó haber tomado.

Con esto se vino á mí desalada, los brazos abiertos, y enlazándome fuertemente con ellos, me apretaba, pidiéndome las albricias, que después de ofrecidas, me refirió lo pasado. Yo con ella por la mano, como quien lleva despojos de alguna famosa victoria, nos entramos en el retrete de mi amo, donde con grande regocijo celebramos la buena nueva, dando trazas de la hora, cómo y por dónde habia yo de poder entrar á hablar con Fabia. Y dando mi amo á Nicoleta un bolsillo que tenia en la faltriquera con unos escudos españoles, hacia como que no queria recibirlo; mas nunca cerró el puño ni encogió la mano, antes por la vergüenza la volvió atrás como el médico, y con una risita le daba gracias por ello; con esto se despidió dél y de mí. Quedóse mi amo dándome cuenta de sus amores, y yo á él parabienes dellos, con que pasamos aquella tarde toda. Ya después de anochecido, á las horas que tenia de orden, fui á mi puesto, hice la seña, mas ni aquella noche, ni en otras tres ó cuatro siguientes tuvo lugar el concierto. Llegóse un día que habia muy bien llovido menudico y cernido, y á mis horas vine á correr la tierra con lodos, como dicen, hasta la cinta. Llegué algo remojado, anocheció muy oscuro, y así fué todo para mí. Mi suerte, que no debiera, llegó á tener efecto. Como para las cosas de interese y gusto importe tanto despedir el miedo y acometer á las dificultades con osado ánimo, yo lo mostré aquella vez mas de lo que importaba; pues con agua del cielo y barro en el suelo, la noche tenebrosa, y dándome con la frente por las esquinas, vine al reclamo. Luego fui conocido, empero hicieron por un rato estar-me mojando; y tanto, que ya el agua que habia entrádome por la cabeza me salia por los zapatos; mandaron es-